

# Los escritores solo matan en las páginas

Nidesca Suárez



Subió los tres escalones de la entrada de la funeraria, aún le debía una última cosa a la mujer que yacía sin vida dentro del lujoso ataúd.

“No pienso dejarlo”, le había dicho ella días atrás, cerrando el brassier sobre los senos que él había admirado bajo la blusa blanca la primera vez que se habían visto, la misma blusa que yacía en el suelo de la habitación, cuya fila interminable de pequeños botones él había desabotonado con suma paciencia deleitándose en el camino de piel bronceada que iba quedando al descubierto con cada pequeño botón extraído de su ojal. Sus dedos se habían vuelto expertos en el proceso, ya que ella tenía predilección por ese estilo de prenda.

¿Cómo que no pensaba dejarlo? Se incorporó lentamente entre las sábanas que habían recibido los fluidos de casi tres horas de pasión, a fin de examinar más de cerca la expresión de su rostro.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que dije —ahora a ella le temblaban los dedos intentando meter cada pequeño botón en los ojales.

Él se acercó para ayudarla, ella se echó a llorar.

—No puedo dejarlo Luis. Son demasiados años, la costumbre es muy grande.

Él continuó abocado a la minuciosa tarea, cuando metió el último botón en su pequeño ojal miró su rostro bañado de lágrimas. Era la primera vez que la veía llorar, se sentía incómodo, estaba habituado a sus gestos de placer, conocía a la perfección cuando ella estaba a punto de acabar, sabía de memoria la forma en qué se curvaban sus labios carnosos y la intensidad con la que cerraba los ojos, ahora su rostro, desfigurado por el llanto, le resultaba extraño.

—Me dijiste que ya no lo amabas —sabía lo cliché que aquello se escuchaba, pero eso era lo que ella le había repetido tantas veces.

—Eso no tiene nada que ver —respondió ella, más tranquila, subiéndose la falda que se ajustaba perfectamente al contorno de sus caderas. —Al final la costumbre es más fuerte que el amor.

—No me vengas con canciones de Rocía Dúrcal, tú que detestas las rancheras —se dejó caer en la cama y encendió un cigarrillo. Sabía que a ella le molestaba el humo y por eso había renunciado al placer de la inhalada postcoito, pero en ese momento no estaba para complacerla.

—Teresa, si no lo dejas voy a matarte —lo dijo sin que su voz se alterara, sin dejar de contemplar las volutas de humo en ascenso.

Antes de que ella pudiera decir algo, tomó el celular de la mesa de noche y colocó el adagio del Concierto de Aranjuez a todo volumen. En el año y medio que llevaba durmiendo con él, Teresa había aprendido que cuando colocaba esa pieza quería decir: “Ahora estoy demasiado molesto para hablar”.

Se dirigió a la puerta de la habitación esperando a que la mirara y le soltara aquello de “Como sigas meneando el culo de esa manera no te voy a dejar ir”, para ella sonreír con picardía, lanzarle un beso, admirar sus ojos claros y partir con una corriente eléctrica por todo el cuerpo, pero él continuaba concentrado en el humo del cigarro. No es que no lo quisiera, pero la sola idea de comenzar de nuevo con alguien más la hacía sentir agotada, y sin embargo solo con él se hubiese atrevido a intentarlo. Lo miró con ternura antes de decir:

—No seas tonto, Luis, los escritores solo matan en las páginas que escriben.

Cerró la puerta. El adagio terminó a la par del cigarro, así como Teresa y él solían acabar juntos. “Lo que más me gusta de ti”, le había dicho ella en reiteradas ocasiones, “es que esperas a que yo acabe para venirte”. Así era él, no podía acabar si ella no lo hacía. Eso las volvía locas a todas, no importaba cuánto duraran ellas en alcanzar el punto en que ya no resistían el placer, él tenía la capacidad de postergar el suyo para concederles el tiempo que necesitaran y luego acompañarlas cuando el éxtasis las inundaba. Sabía que era un don, eso lo había llevado a donde estaba: una casa en una zona lujosa, un carro último modelo, ropa de marca, cuentas abultadas y su posesión más preciada, el velero con el que iría a recorrer el mundo junto a la indicada. Ahora la había encontrado y ella no quería dejar a su marido.

En cuanto la conoció en aquella cafetería chic, donde no servían “con leche” ni “marrón”, sino *capuccino* y *mocaccino*, le bastaron cinco minutos para saber que detrás de su look de mujer sofisticada ella estaba mal servida en la cama. Siempre había tenido un radar para detectar esa carencia y se las había ingeniado para ser él quien la llenara. Teresa no había sido la excepción, pero con ella le había sucedido algo que escapaba a su control, se había enamorado. Habían hecho tantos planes después de cada orgasmo: la casa en la que vivirían, tendría un jardín con rosas de todos los colores: blancas, rojas, amarillas, rosadas, anaranjadas. Visitarían playas paradisíacas con el velero que le había heredado su “tía”, él la enseñaría a esquiar, se bañarían desnudos en el Océano Índico y, para no ser tan egoístas, se unirían a alguna causa altruista y lejana, como la preservación de las ballenas o los osos polares, cualquier animal que luciera bien como fondo de pantalla... ¿Y ahora ella le decía que no pensaba dejar a su marido, de quien tanto se había quejado, no por maltratador, sino por aburrido? ¿Le salía con ese verso ranchero de la costumbre y el amor? ¿A qué jugaba?

En el taller de escritura que había terminado un año atrás el profesor le había dicho que su problema era que le faltaba plasmar con mayor veracidad los rebuscados asesinatos en los cuales basaba su creación literaria. “Tú deseas ser un Stephen King, pero te faltan bolas”, le había dicho una vez tomándose unas cervezas, “para escribir esas vainas hay que traspasar la línea de la comodidad y tú eres demasiado sifrino. Mejor mantenlo simple, olvida a Hannibal Lecter y retrata a tipos más comunes, de esos que matan por amor...”

¿Así que él era un sifrino capaz de matar solo en el papel? Eso estaba por verse.

El viernes en la mañana una desconcertada Teresa leyó en el WhatsApp que esa tarde no se verían. Era la primera vez en año y medio que no se encontrarían un viernes, no podía creer que Luis se hubiera molestado en serio, pero si todo lo que habían conversado en la cama eran meras fantasías, sueños de amantes embriagados por el halo del orgasmo haciendo planes que jamás se cumplirían. ¿Habría creído que todo aquello sería real? No era posible que fuera tan iluso. Bien, si no quería verla peor para él, ya le escribiría arrepentido.

Pasó la tarde inquieta, ¿qué iba a hacer si Luis decidía abandonarla y continuar su camino? Después de todo él era libre para estar con quien quisiera. Se fue a casa temprano, encontró a su esposo frente al televisor, hacía meses que no tenían una conversación que fuese más allá de lo doméstico. Ni siquiera se le acercó, lo saludó de pasada y siguió directo al cuarto, abrió la cartera, sacó la prueba de embarazo y fue al baño.

Mientras orinaba el susto se hacía cada vez más patente, ¿cómo era posible que existiese siquiera una posibilidad de estar embarazada siendo ella tan rigurosa con los anticonceptivos? Claro que ninguno era infalible, pero venirle a fallar la ciencia justo ahora era de mal gusto.

Los segundos se le hacían eternos, agitaba la prueba como si se tratase de un abanico, pero ni aun así lograba espantar el temblor de la mano. Por fin apareció algo. Dos rayitas. “Dios, no me eches esta vaina”. Ella nunca había soñado con ser madre, justamente por eso se había casado con Vicente, porque a él tampoco lo seducía el tema de la paternidad, serían felices sin hijos, aunque la felicidad les había durado poco, pronto Teresa descubrió que no querer hijos era lo único que tenían en común, él aún no se había dado cuenta, era demasiado lento como para notar que en realidad no lo unía ya nada a la mujer con quien se había casado.

Esa noche él la buscó y ella se entregó con más pereza que ganas. Si le iba a hacer creer que era el padre tenía que concederle aunque fuera esa noche, ya que desde hacía semanas lo esquivaba en la intimidad, sin embargo él no había dejado de intentarlo, como si supiese que tarde o temprano ella daría su brazo a torcer.

Cuando comenzó a escuchar sus ronquidos su decisión estaba tomada: se iría con Luis. Lo que había hecho cinco minutos antes con Vicente no era el amor, era más bien una despedida, solo que al empezar ella no lo sabía. Tuvo la certeza mientras él se movía desesperadamente en su interior, extrañaba demasiado el vaivén de Luis, el olor de su piel contra la suya, las cosas que le susurraba al oído, la devoción con que besaba la orquídea que ella se había tatuado al inicio del pubis solo para él. ¿Pero era amor o sexo? No le importaba, por lo menos era algo, era mucho más de lo que jamás había sentido con Vicente.

Tendría que esperar hasta el lunes para decírselo, ya que Luis se iba a navegar todos los fines de semana y no había forma de contactarlo. “Yo soy un espíritu libre, Teresa, y ahora quiero compartir mi libertad contigo”, le había dicho dos meses atrás dejándola sin palabras. ¿Cómo se tomaría la noticia? Jamás habían hablado de ese tema, ¿para qué? Se suponía que esa posibilidad no entraba en la ecuación de sus encuentros amorosos. Durante año y medio jamás la angustió el hecho de no verlo durante los fines de semana, ahora el domingo se le hacía interminable.

Por su parte, Luis no había salido a navegar ese fin de semana. Lo primero que hizo el sábado en la mañana fue entrar a la floristería, luego de dejar hecho el encargo pasó a recoger los bombones. El lunes cumplía Teresa, la había conocido un mes antes de su cumpleaños anterior, a ella le había gustado tanto su regalo que le pidió que para este año le regalara lo mismo. Así sería. Mientras contemplaba el regalo sobre la cama, y fumaba, pensaba que era extraño que él no hubiese hablado de ella con nadie, había sido un caballero, tal como ella se lo había pedido: “Por favor no hables de nosotros con nadie, recuerda que soy una mujer casada”, ella a su vez le decía que tampoco le había hablado a nadie sobre ellos, “Es nuestro secreto amor”, y le brillaban los ojos cuando pronunciaba esta última palabra, por eso había creído que lo amaba.

El lunes, en la oficina, sintió un gran alivio al recibir la caja de bombones, leyó la nota en la pequeña tarjea: “Te perdono”. El año anterior dijo que era su esposo quien se los enviaba, este año diría lo mismo, volvería a repartir algunos entre sus compañeras y estas le repetirían lo afortunada que era por tener un esposo tan detallista.

Pese a su generosidad repartiendo las pequeñas delicias de chocolate, había uno que reservaba solo para ella, el que estaba marcado con una línea diagonal de tono fucsia, era el relleno con licor de moras y praliné de avellanas, ese no estaba dispuesta a dárselo a nadie. La primera vez que fue a almorzar donde Luis, él terminó de seducirla introduciendo ese bombón en su boca. “Tienes que cerrar los ojos y morderlo por la mitad”, así lo hizo, nunca había probado nada tan exquisito, la mezcla se derramó por el borde de sus labios, él la recogió con

su lengua para terminar con un beso que la estremeció de pies a cabeza, luego habían hecho el amor como dos desaforados. Luis incluía ese único bombón entre los que enviaba, luego, en la tarde, la esperaba con unos cuantos más en su casa. “Para disfrutar de lo que más te gusta tienes que venir a mí”, le decía cuando ya estaban desnudos y le daba uno cada vez que acababan.

Sin que nadie la viera cerró los ojos, metió el bombón en su boca y mientras lo trituraba entre los dientes sintiendo el relleno derramarse sobre su lengua e impregnar la cavidad de su boca, apretó las piernas tratando de contener la excitación. No veía la hora de salir.

Media hora después comenzaron las náuseas. Se lavó la cara pensando que estar embarazada era una putada. Sería trágico que el embarazo ocasionara que sus bombones favoritos le cayeran mal.

A las dos horas tuvieron que llamar una ambulancia, había vomitado demasiado, al ingresarla en la clínica dijo, con las pocas fuerzas que le quedaban, que estaba embarazada. Cuando Vicente llegó al centro médico escuchó la noticia atontado: “Lo siento mucho señor, no pudimos hacer nada por ella ni por el bebé”.

Luis leyó la noticia en los obituarios, se acercó hasta la funeraria, le dio el pésame a Vicente, quien creyó que se trataba de un compañero de trabajo, y luego se dirigió al ataúd. “Aún muerta te ves hermosa”, pensó, “¿Por qué me retaste Teresa? Nunca he podido resistirme a un reto. Mañana me voy en el velero para no volver, fuiste lo mejor que me pasó hasta ahora”. Colocó discretamente un bombón sobre el cristal. “Este no te hará daño, disfrútalo a donde quiera que vayas, me comeré uno en tu honor cada vez que llegue la fecha de tu cumpleaños. Adiós Teresa, pudimos haberlo tenido todo”. Antes de salir no pudo evitar notar que entre todas las coronas destacaba la que él había enviado de forma anónima, estaba hecha de rosas de todos los colores que los dos habían imaginado plantar en un jardín que ya no existiría.

Cuando iba bajando los tres escalones de salida escuchó decir a alguien: “Lo peor es que Vicente me dijo que estaba embarazada”. Se le heló la sangre. “Así que por eso no querías dejarlo, y me jurabas que ya no permitías que él te tocara. Mentirosa”.

Subió a su auto deportivo, tomó un bombón de un paquete abierto en el asiento del copiloto, todos tenían la línea diagonal color fucsia, pisó el acelerador hasta el fondo y no volvió a mirar atrás.

19/11/2020